869.308
Ed 41
no. 33

N.º 33

EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS
DIRECTOR: Leopoldo Durán

GABRIELE D'ANNUNZIO

TIERRA VIRGEN

The Library of the
JUN 28 1922
University of Illinois
at Urbana-Champaign

BUENOS AIRES
1918

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MÍNIMAS

Silenciosamente, el señor Leopoldo Durán, director de la publicación mensual EDICIONES MÍNIMAS, viene realizando una gran obra de cultura general, con la difusión de los mejores trabajos literarios de los escritores del mundo. En pequeños cuadernos, que son objeto de una selección paciente y concienzuda, ha sintetizado una amplia bibliografía, y puede decirse sin exageración que esa tarea es realmente de abarque nacional por sus finalidades y su erudición.

El cuaderno correspondiente al mes en curso está dedicado a las "Odas Bárbaras" de Carducci, que son poco conocidas por la dificultad que ofrece su traducción, la cual ha sido realizada con éxito por el señor B. Contreras. LA ARGENTINA. Buenos Aires, abril 1.º de 1918.

***

LÍNEAS. Andrés Terzaga, a lo que sabemos, publicó sus primeras LÍNEAS en el suplemento de "La Nación", esto es, hace algunos años. Desde su retiro de Río Cuarto, Córdoba, cultiva epistolarmente unas pocas amistades literarias con escritores de Buenos Aires. Entre éstos, no faltan quienes, asíduos viajeros por el interior de la República, lo visiten y traigan al grupo de sus amistades noticias de la singular existencia de este hombre de pensamiento y de notable aunque avara pluma.

Es un nauta en altos mares del espíritu, y como todo marino, beatífico a veces, a fuerza de nadar en la serena infinitud, y rugidor otras, cuando las borrascas ennegrecen y revuelven los abismos.

EDICIONES MÍNIMAS, cumpliendo su loable propósito de presentar al público, cada semestre si le es posible, la obra meritoria de un escritor poco o nada conocido, ha tenido el gran acierto de cerrar el primer año de sus preciosos cuadernos, con Terzaga y sus LÍNEAS.

Son de advertirse en este escritor el sentido escrupuloso de la forma, que no llega a aplacar nunca la poderosa vida que hay en su afán evidente de lo bello; el lujo en la sobriedad; el movimiento, brillante de ideación, y algo como una fruición refinada y ruda en el acto de expresarse.

Si anduviéramos remisos en reconocer la belleza de cada una de esas breves prosas, no podríamos llegar a "Voltaire" sin exclamar, una vez leída: he aquí una semblanza magistral. Es, en efecto, un modelo del género. No conocemos figura célebre mejor diseñada por semblancista alguno. "La Nota" tuvo el placer de anticipar esa página a sus lectores en el núm. 72. LA NOTA Buenos Aires, 13 de enero de 1917.

TIERRA VIRGEN, POR GABRIELE D'ANNVNZIO.

EDICIONES MÍNIMAS.

BVENOS AIRES. MCMXVIII.

DiBujo
-Sc
DONNIS

Gabriele d'Annunzio cultiva la poesía, el teatro, la novela y el cuento. En la poesía lírica concreta sus emociones en versos que maravillan por la plasticidad colorida de las imágenes y la musicalidad verbal. En su teatro, las almas modernas que animan el escenario alientan un renovado soplo de la tragedia antigua. En la novela psicológica, género que ha enriquecido con estupendas páginas bizantinas; analiza con refinada complacencia tipos anormales y morbosos, raramente contrastados por la cándida albura de alguna alma de lirio que pasa. Y en sus cuentos concentra la energía pasional de las vidas selváticas que descubre moviéndose en un ambiente de tierra virgen cercada por la hostilidad del mar siempre bravío. Tales son las cualidades principales de la obra d'annunziana en sus diversos géneros.

Complementa los cuentos de TIERRA VIRGEN que contiene este opúsculo, un capítulo de la novela titulada PUEDE QUE SÍ PUEDE QUE NO. La "victoria de Pablo Tarsis" es la victoria actual del propio d'Annunzio, desprendiéndose de la tierra y elevándose en el azul ya sereno de la patria redimida para que desciendan como una bendición sus cantos de gesta.

"TIERRA VIRGEN"

TOTO

ERA una especie de osezno mal retocado que parecía haber descendido al llano de alguna garganta profunda de la Maiella, con su rostro sucio, sus cabellos negros y ásperos, sus pequeños ojos siempre en movimiento, redondos, amarillos como la flor de hiedra.

Durante la bella estación recorría los campos robando la fruta de los árboles, asaltando los vallados, o arrojando piedras a los lagartos adormecidos bajo el sol. Lanzaba gritos roncos, doloridos, que imitaban el ladrido del dogo atado a la cadena en los pesados días del estío, o bien el chillido incomprensible de un niño en pañales. ¡El pobre Toto era mudo!

Los bandidos le habían cortado la lengua. En esa época él guardaba las vacas de su amo; las llevaba a pastar en los campos llenos de trébol rojo, soplando su pífano de caña, mirando las nubes extendidas en las cumbres de las montañas, o el vuelo de los ánades salvajes arrastrados por la tempestad. Un día de estío mientras el siroco sacudía las encinas y la Maiella desaparecía fantásticamente bajo los vapores violados, el Maure apareció con dos compañeros apoderándose

de la vaca jaspeada y como el pastor gritaba, le cortaron un trozo de la lengua, diciéndole:

—Anda ahora a contarlo, hijo de verdugo.

Toto volvió a la casa vacilante, agitando los brazos, arrojando a raudales la sangre por la boca; escapó por milagro; pero se ha acordado para siempre del Maure y un día, viéndole pasar por la calle agarrotado entre gendarmes, le lanzó una piedra en los riñones y huyó mofándose del bandido.

Más tarde Toto abandonó a su vieja madre en la cabaña amarilla bajo el roble y se fué a vagabundear, con los pies desnudos, sucio, perseguido por los pilluelos, andrajoso y hambriento. Se volvió malo; algunas veces, extendido al sol, se divertía haciendo morir lentamente un lagarto tomado en los campos o una bella libélula matizada. Cuando los pilluelos lo molestaban gruñía como un jabalí acosado por una jauría de perros. Al fin golpeó a uno brutalmente y desde ese día lo dejaron tranquilo.

Pero él tenía a Nina, a quien amaba tiernamente, a su buena, su bella Nina, una jovenzuela flaca, con ojos muy grandes, el rostro cubierto de pecas y un tupido mechón de cabellos rubiazos agrupados sobre la frente.

Se habían visto por vez primera bajo el arco de San Rocco. Nina, acurrucada en un rincón, devoraba un trozo de pan, y Toto, que tenía hambre, la miraba con aire sombrío, lamiéndose los labios.

—¿Quieres?—le dijo la niña con voz débil—levantando hacia él sus ojos claros como un cielo de septiembre.—Si quieres, yo tengo otro pedazo.

Toto se aproximó sonriendo y tomó el pan. Los dos comieron en silencio; tres o cuatro veces sus miradas se encontraron y sonrieron.

—¿De dónde eres tú?—le preguntó Nina.

El le hizo comprender por signos, que no podía hablar y abriendo la boca le mostró un trozo de lengua negruzca. La jovencita volvió la cabeza con un gesto indescriptible de horror. Toto le tocó ligeramente el brazo, las lágrimas en los ojos, queriendo quizá decirle:

—No hagas eso... no te vayas tú también.., sé buena,

Pero de su garganta salió solamente un sonido extraño, que hizo saltar a la pobre niña.

—¡Adiós!...—gritó ella, huyendo.

Después volvieron a verse y se juntaron como hermano y hermana.

Permanecían sentados al sol el uno cerca del otro. Toto posaba su gruesa cabeza obscura sobre las rodillas de Nina y cerraba voluptuosamente los ojos como un gato, cuando la joven, enredando sus pequeñas manos entre sus cabellos, le contaba siempre la historia del Mago y de la hija del Rey.

—Había una vez un rey que tenía tres hijas; la más joven se llamaba Stellina, tenía cabellos de oro, ojos de diamante y cuando pasaba, todo el mundo decía: ¡He aquí la Madona!... y se arrodillaban. Un día, mientras ella cortaba las flores en el jardín, vió un lindo papagayo verde sobre un árbol...

Toto, mecido por esta voz acariciante, concluía por dormirse soñando con la bella Stellina; las palabras salían de la boca de Nina más lentas, más apagadas y cesaban poco a poco. El sol envolvía ese montón de andrajos en una caliente onda de luz.

Toto y Nina pasaron así largo tiempo; partían las limosnas, dormían en la calle, corrían por el campo entre las viñas cargadas de uvas, a riesgo de recibir un tiro de fusil de cualquier paisano.

Toto parecía feliz. Algunas veces subía a la pequeña, poniéndola a horcajadas sobre la espalda y partía en una carrera loca saltando por encima de los fosos, las breñas y los zarzales y el montón de estiércol, hasta que se detenía rojo como el fuego, al pie de un árbol o en el centro de un cañaveral, con un gran estallido de risa.

Nina azorada, reía también, pero si por casualidad sus ojos caían sobre el trozo de lengua negruzca que se movía en la boca de Toto abierta por las convulsiones de la risa, sentía un temblor de disgusto hasta la médula.

A menudo el pobre Toto lo notaba y estaba afligido todo el día.

¡Pero, como octubre era tan dulce!... Las montañas obscuras a lo lejos, se destacaban netamente sobre el fondo claro veladas por un lijero tinte violeta que en

lo alto se fundía en indescriptibles colores de oro y azul. Nina dormía sobre el heno, su pequeña boca entreabierta y Toto acurrucado junto a ella la miraba. Había a pocos pasos de allí un seto de cañas secas y dos viejos olivos de troncos agrietados. ¡Qué bello era el cielo de ese lado, visto al través de las cañas blancas y las hojas azuladas de los olivos!

El pobre mudo pensaba, pensaba, Dios sabe qué cosas extrañas... quizá en Stellina, quizá en Maure... quizá en la cabaña amarilla bajo el roble donde una pobre vieja hilaba esperándolo en vano... ¿quién sabe?...

UN domingo de noviembre a mediodía, ellos se encontraban bajo el arco de San Rocco. En el azul del cielo el sol dejaba caer sobre las casas una luz dulce y blonda y en esta claridad dorada las campanas sonaban echadas a vuelo, mientras que en las calles vecinas se elevaba un ruido confuso como el de una inmensa colmena.

Ellos estaban solos; de un lado la calle del Gato absolutamente desierta, del otro los campos de laboreo. Toto miraba la hiedra florecida en las hendiduras del muro bermejo.

—El invierno va a venir,—dijo Nina pensativa examinando sus pies desnudos y sus harapos sin color. La nieve que blanqueará toda la tierra va a venir... Y nosotros no tenemos fuego. ¿Tu mamá está muerta?

El mudo bajó la cabeza; después de un instante la levantó vivamente y con los ojos brillantes mostró el horizonte lejano.

—¿No está muerta? ¿Ella te espera?

Toto indicó por señas que sí; hizo después otros signos que querían decir:

—Vamos a mi casa que está allí abajo al pie de la montaña, allá hay leche, hay fuego, hay pan...

Y marcharon, marcharon deteniéndose delante de las casas y en las villas, sufriendo a menudo el hambre y sufriendo el dormir a la intemperie bajo

un carro o a la entrada de una caballeriza. Nina sufría, se había puesto lívida, los ojos apagados, los pies hinchados, sangrientos. Toto cuando la miraba, sentía su corazón herido por el dolor, le cubría las espaldas con su vieja veste agujereada y la llevaba en sus brazos durante largos trechos del camino.

Una noche después de haber caminado muchas millas se encontraron en un sendero desierto donde no había casas; la nieve cubría la tierra y caía sin cesar a gruesos copos impulsada por un viento áspero. Nina hacía castañetear los dientes agitada por la fiebre y el frío, enroscada en torno de Toto como una pequeña serpiente y sus débiles quejidos semejantes a un extertor, penetraban en el pecho del pobre Toto como otros tantos golpes de estileto.

Pero él caminaba, caminaba, sintiendo latir el corazón de la joven contra el suyo... al cabo de algunos instantes ya no sintió nadá... los delgados brazos de la niña se habían cerrado en torno de su cuello con la rigidez del acero y su pequeña cabeza colgaba de un lado. El arrojó un grito como si una vena de su pecho se hubiera roto; después apretó aún más ese pequeño cuerpo inanimado—y siguió, siguió caminando al través de la llanura inmensa, en medio de los silbidos de la ráfaga furiosa, siguió hasta que sus músculos se entorpecieron, hasta que su sangre se fué helando en sus venas. Entonces cayó extenuado, siempre con el pequeño cadáver aferrado a su cuello.

Y la nieve los cubrió.

"LA GATA"

ESA tarde el Adriático estaba violeta, de un violeta sombrío y brillante, sin olas blancas, sin velas temblorosas. Sin embargo, había un enjambre de velas en la línea extrema del horizonte, de velas rígidas, agudas, que los rayos del sol teñían de púrpura, destacándose sobre un fondo plateado, bajo un móvil bordado de vapores que parecían ser los perfiles de casas moriscas y de minaretes en fuga.

Tora descendía a la playa, entre las dunas cubiertas de algas marinas y de restos arrojados por la borrasca, tarareando una canción de Francavilla, una canción salvaje que no hablaba de amor. Después de cada estrofa cuya última nota prolongaba en extremo, marchaba en silencio un rato, la boca entreabierta, bebiendo la brisa saturada de sal, escuchando la marea murmurante o el grito de alguna gaviota solitaria, que volaba en la inmensidad. Su perro la seguía, el hocico bajo, deteniéndose a olfatear las algas.

—¡Aquí, Guepe, aquí! gritó Tora golpeándose en el muslo.

El animal emprendió la carrera sobre la arena, del mismo color leonado de su pelo.

Pero esa voz fué oída también por Mingo, que iba a cortar una caña de donde estaba varada su "paranza" (1) y su corazón dió un vuelco, pues los ojos amarillos de Tora, esos ojos de pescado muerto, lo habían traspasado una mañana con una mirada.

¡Ah! aquella mañana... El la recordaba: ella pescaba mariscos, alta y derecha, las piernas sumergidas en el agua verde, salpicada de escamitas de oro, en

(1) Gran bote de pesca de las costas adriáticas.

pleno sol... El pasaba justamente por allí, sobre su barca, y los pescadores la saludaron: Tora lo miró sin protegerse los ojos con la mano... Quién sabe, ella seguía tal vez la punta roja de esa vela que acababa de perderse en alta mar, inflada por el siroco.

AQUI, Guepe, aquí! repitió la voz alegre, penetrante y cercana de Tora, en medio de los ladridos del perro, mientras Mingo saltaba fuera de la "paranza" echando hacia atrás sus cabellos, como un jaguar enamorado.

—¿Dónde vais, Tora?—le preguntó: y su cara parecía una amapola silvestre.

Tora no respondió; ni siquiera se paró; él la siguió con la cabeza baja, el corazón latiendo fuertemente, la garganta oprimida por ardientes frases, escuchando la canción interrumpida, sintiéndose conmovido por notas extrañas, repentinas, como el chocar de las olas en medio del murmullo monótono de la marea.

En el bosque de pinos Tora detuvo su marcha: una ráfaga de perfume penetrante, fresco y sano, llegó hasta ella, con los últimos reflejos crepusculares que se filtraban a través de las ramas.

—Tora...

—¿Qué queréis?

—Quiero deciros, que de noche veo siempre vuestros ojos y que no puedo dormir.

Había en sus palabras de hombre joven un acento de pasión tan salvaje, y en su rostro una expresión tan desesperada, que Tora se estremeció.

—Está bien... está bien... agregó ella.

Y partió después, para perderse pronto en la sinuosidad del bosque de pinos, seguida por su perro.

Mingo oyó aún los ladridos del animal, allá abajo, mientras veía, tristemente, en el horizonte esfumarse, poco a poco, en las sombras, a las "paranze".

SIN embargo, no era hermosa "La Gata": sus pupilas eran amarillas, a veces verdosas, inmóviles en el blanco anacarado del ojo; sus cabellos eran cortos, rizados, de un color de hojas secas, que la luz animaba con reflejos metálicos.

Estaba sola en el mundo, sola con ese perro famélico como un chacal, sola con sus canciones y con el mar.

Pasaba todas las mañanas en ese mar, pescando mariscos; ella estaba allí todavía cuando las olas subían, espumantes, alrededor de ella, salpicando su falda corta, mientras las gaviotas remolineaban sobre su cabeza. Después de la pesca, llevaba los pavos a comer en los prados y rastrojos, cantando "stornelli" cuando no conversaba largamente con Guepe, que escuchaba pacientemente, sentado sobre sus patas traseras.

Y no estaba triste, sin embargo; sus cantos tenían una monotonía melancólica, ritmos caprichosos que hacían pensar en los magos de Egipto; pero cantaba con una especie de inconsciencia como si nada vibrara en sus oídos ni en su alma; ella cantaba mirando una nube, una vela, con los ojos muy abiertos, algo asombrados, hundiendo por completo su pequeña red en la arena, sin fatigarse jamás.

Sus compañeras también cantaban: pero ellas se sentían dominadas en seguida por un sentimiento de espanto, de soledad, de angustia ante sus notas; ante esa voz, ellas bajaban las cabezas quemadas por la canícula, sintiendo de antemano el frío del agua sobre sus rodillas, el vértigo doloroso del agua incendiada en sus ojos, y la laxitud de sus brazos cuando la cantilena de "La Gata" hendía el aire como una maldición, como un sollozo...

LAS palabras y las miradas de Mingo la turbaron un instante; ella no había comprendido. Sin embargo sentía, allá en el fondo de su corazón, una vaga inquietud, sentía una secreta cólera hacia ese hombre de dientes blancos y labios espesos.

Se paró bajo los últimos pinos, llamó a su perro y acarició su rudo pelo; cuando se enderezó ya estaba otra vez fría y serena.

Pero una tarde de agosto, que había ido con una cantidad de pavos para buscar sombra en el bosque, encontró al amor.

Se había apoyado contra un tronco de árbol, los párpados pesados por el sueño, sus ojos llenos de re-

flejos confusos. Los animales comían en los alrededores, hundiendo las cabezas jaspeadas en las hierbas hormigueantes de insectos, y dos de ellos se habían encaramado en un matorral de mirtos; el viento soplaba entre el follaje verde, murmurando, y a lo lejos se extendía la ribera abrasada, y la línea azul del mar cubierto de velas.

No lejos de ella, Mingo se disimulaba entre los troncos estrechos, se aproximaba poco a poco, reteniendo la respiración... se aproximaba... se aproximaba... Su maga estaba allí, de pie, adormecida, agarrada al tronco disecado.

—Tora...

Tora tembló, se volvió y abrió sus grandes ojos, llenos de estupor.

—Tora, repitió Mingo, tembloroso.

—¿Qué queréis?

—Deciros que de noche, yo veo siempre vuestros ojos, y que no puedo dormir.

Ahora comprendía ella. Bajó la cabeza, parecía escuchar, o buscar alguna cosa en su memoria: ella había oído ya esas palabras otra vez—no recordaba dónde—pero las había oído... era la misma voz... Levantó la cabeza, el marino estaba allí, ante ella, como hechizado, el rostro encendido, los labios convulsos, joven y fuerte; el viento traía ráfagas perfumadas por las hierbas silvestres, y a través de los troncos torcidos de los pinos, el Adriático no era más que un centellear de chispas.

—¡Oye, Mingo!, gritó una voz ruda a lo lejos.

Mingo se estremeció, tomó la mano de Tora, la estrechó con todas sus fuerzas, y echó a correr sobre la arena, como un loco, dirigiéndose a la "paranza" que lo esperaba, meciéndose suavemente sobre el agua.

—¡Mingo!, murmuró "La Gata" con un acento extraño, fijos sus ojos en la vela que se alejaba.

Y echó a reir como una criatura; de regreso, entonó una canción alegre, con ritmos de tarantela, guiando delante de ella, con su larga caña, los pavos rezagados, mientras el sol se ponía, sangriento, detrás de Montecorno, en medio de las nubes agitadas por el viento del sudoeste.

PERO con el viento, vino la borrasca durante la noche, y el mar se elevaba hasta las casas, con rugidos pavorosos; las pobres gentes de la playa, se encerraron, escuchando la tempestad y rogando a la Virgen Santísima por los pescadores...

Sólo "La Gata" erraba en las tinieblas como una bestia feroz, sondeando el abismo, con sus grandes ojos llenos de angustia, aguzando el oído para escuchar si no llegaban a ella gritos humanos. Nada. En el tumulto de los elementos en furia no se oían más que los ladridos roncos de Guepe, perdido allá abajo, muy lejos. ¡Dios sabe dónde!...

Ella se aproximaba al mar deslumbrada por los relámpagos que descubrían toda una extensión de aguas sublevadas, todo un pedazo de playa desolada; pero se acercó demasiado: una ola la envolvió y la atrajo, otra pasó encima de ella; un frío mortal pasó por sus venas mientras enardecida por el instinto de conservación luchaba desesperadamente como un cetáceo encallado en la arena, luchando contra el agua que la perseguía, llenando de amargura su boca abierta por los alaridos...

Por fin pudo enderezar sus rodillas y caminando a pies y manos, para sustraerse a la furia de la tempestad volvió a su cueva chorreando agua, helada, los dientes apretados, loca de terror y de amor.

POR la mañana, el Adriático estaba tranquilo, viscoso como la nafta, sin una vela, mudo, implacable, cruel... "La Gata" creyó salir de las angustias de una pesadilla; sintió una sensación nueva de soledad, de inquietud, el miedo a las sombras... Después volvió a sus grandes ojos amarillos su mirada inmóvil de pescado muerto; volvió a fatigar sus brazos, a helarse los pies en el agua, y a abrasarse el cráneo en el sol; sus cantilenas siguieron hendiendo el aire espléndido y triste, llorando un muerto, penetrando en el corazón de toda esa pobre gente que suspira por un pedazo de pan, sin esperanza, sin consuelo, sin reposo, mientras las gaviotas pasan y repasan arrojando gritos de libertad al cielo borrascoso o sereno.

LAS CAMPANAS

MARZO le había dado a Biasce mal de amor. Desde hacía dos o tres noches no conseguía cerrar los ojos; por todo el cuerpo sentía hormigueos, ardores, pinchazos, como si de un momento a otro fueran a salirle de la piel, por millares de yemas, verdascas, ramilletes de rosas silvestres.

Al fondo de su zaquizamí entraba, no se sabe por dónde, un olor nuevo, un olor fresco y áspero de savias en trabajo, de almendros en flor...

¡Por Santa Bárbara protectora! La última vez que había visto a Zolfina, era justamente en un almendro donde ella se apoyaba, contemplando dos alas de barca en alta mar; y, sobre su cabeza, flotaba una alegría de blancura embalsamada, que cuchicheaba en el sol; y, en torno de ella, estaba la floración azulada de una bola de lino; y, en sus ojos, había dos hermosas vincapervincas abiertas; y, sin duda, había también flores en su corazón.

En su camastro, Biasce, enloquecido, volvía a pensar en toda aquella luz, en todo aquel desborde de primaveral vida. Y la línea extrema del Adriático se iluminaba ya, allá, lejos, con las primeras miradas tímidas del alba, cuando el mozo se levantó y trepó por la escalera de madera hasta los nidos de golondrinas, encima de la techumbre del campanario.

Flotaban en el aire voces extrañas, indistintas, parecidas a jadeos fugitivos, a respiraciones de hojas, a rozamientos de retoños verdes, a movimientos de alas. Las casas, agrupadas, dormían aún; la llanura estaba todavía en un semisueño, bajo su telón de neblinas ligeras; aquí y allá, sobre aquel inmenso lago estancado, los árboles se balanceaban al soplo de la brisa:

al fondo, las colinas violáceas se degradaban en tonos muy tenues, fundidos con el horizonte ceniciento; enfrente, era el mar, reverberante como una faja de acero, con alguna vela obscura en la penumbra; y después, sobre el todo, una fresca y diáfana serenidad de firmamento en donde las estrellas palidecían una a una.

Las tres campanas inmóviles, con sus huecos vientres de bronce ornados de arabescos, esperaban que el brazo de Biasce lanzase sus vibraciones triunfales en los soplos de la mañana.

Y Biasce tomó las cuerdas. Al primer bamboleo, la campana mayor, la Loba, tuvo un profundo estremecimiento; su ancha boca se dilató, se cerró, dilatóse aun; una onda de sonidos metálicos, seguida de una especie de mugido prolongado, reventó por sobre todos los techos, y se propagó con el viento por toda la llanura y por toda la ribera. Y los tintineos se precipitaban, se precipitaban; animábase el bronce, y, parecido a un monstruo loco de cólera o de amor, oscilaba espantosamente a derecha e izquierda, mostrando sus fauces por ambos lados, lanzando dos largas notas profundas, ligadas por un continuo murmullo, rompiendo de pronto el ritmo, acelerando el movimiento hasta fundirse en un estremecimiento de armonía cristalina, alargándose con solemnidad en el espacio. Abajo, las olas de sonidos y las ondas de la luz creciente perseguían el sueño de los campos; las neblinas subían en humo, se doraban, disolvíanse suavemente en la claridad matinal; los ribazos adquirían un color de cobre. Y, de pronto, era otro timbre sonoro; el carillón de la Strige, agrio, ronco, quebrado, parecido a un ladrido furioso contra el aullido de una fiera... Y luego, era el rápido martilleo de la Cantarina, un martilleo alegre, límpido, ágil y obstinado, parecido a una tempestad de granizo sobre una cúpula de cristal. Y eran aun los ecos lejanos de los otros campanarios despertados; el campanario de San Roque, allá, abajo, ese campanario rosado, embutido entre las encinas; el campanario de San Franco; ese campanario del convento... diez, quince bocas metálicas que desparramaban por los campos las variaciones alegres y sanas del himno dominical, en un triunfo de la luz.

Aquella batahola embriagaba a Biasce. Había que ver al mozo, huesudo y nervioso, con su gran cicatriz rojiza en la frente, agitar los brazos jadeando, aferrarse a las cuerdas como un mono, hacerse levantar por la fuerza irresistible de su querida Loba, trepar hasta su desván para dar los últimos tirones a la Cantarina, en el sordo estremecimiento de los otros dos monstruos domados.

Allá arriba era rey. Las yedras espesas escalaban el viejo muro descortezado con un ímpetu de juventud; se aferraban a las salientes de la techumbre como a troncos vivos; revestían los ladrillos de un tapiz de hojuelas coriáceas, relucientes, parecidas a plaquetas de esmalte: colgaban por los amplios aleros como una pululación de finos reptiles; asaltaban a las tejas animadas por los nidos, nidos viejos y nuevos, todos gorjeantes ya de golondrinas enamoradas. Llamaban loco al pobre Biasce; pero, allí arriba, era rey y poeta. Cuando el cielo sereno se curvaba sobre la campiña florida, cuando el Adriático cabrilleaba de sol y de velas anaranjadas, cuando las calles bullían de trabajo, él permanecía en el zaquizamí de su campanario como un halcón salvaje, sin hacer nada, la oreja aplicada al flanco de la Loba, de la bestia terrible y soberbia que una noche habíale abierto la frente; y, de tiempo en tiempo, tocábala con los nudillos para escuchar sus largas y deliciosas vibraciones. Cerca de él, la Cantarina relucía como una joya en su vestido de arabescos y de cifras, con la imagen de San Antonio en relieve; más lejos la Strige mostraba su viejo vientre, arado a todo lo largo por una larga rajadura, y sus labios desportillados.

¡Qué pensamientos sobre esas tres campanas, qué vagabundaje de ensueños extraños, y qué líricos arrebatos de pasión y de deseos! ¡Y qué bella y gentil era la imagen de Zolfina, emergiendo sobre aquel mar de ondas sonoras, en los mediodías inflamados, o desvaneciéndose en los crepúsculos, cuando la Loba tomaba su tono de cansada melancolía y hacía cada vez más lentos sus sonidos, hasta morir de languidez!

UNA tarde de abril se encontraron en la pradera, detrás de los nogales de la Monna, bajo un cielo

de ópalo en el zenit, con manchas violáceas en el poniente. Ella tarareaba mientras recogía hierba para la vaca. El perfume de la primavera subíale a la cabeza y le daba vértigos, tal el vapor del vino dulce en octubre. Cuando se inclinaba, su zagalejo rozábale a veces la carne desnuda, ligeramente, como una caricia; y el placer le hacía entrecerrar los ojos.

Biasce se adelantó contoneándose, la boina echada hacia atrás, y su ramo de claveles en la oreja. No era mal muchacho Biasce; tenía grandes ojos negros, llenos de una tristeza salvaje, de una suerte de nostalgia, ojos que recordaban los de las bestias en cautividad; y luego, tenía en la voz cierto encanto, algo profundo, que no parecía humano; no conocía modulaciones, ni flexibilidades, ni morbideces; allí arriba, en compañía de sus campanas, al aire libre, en plena luz, en la gran soledad, el lenguaje que había aprendido estaba lleno de sonoridades, de notas metálicas, de asperezas imprevistas, de profundidades guturales.

—¿Qué hace usted, Zolfina?

—Recojo heno para la vaca de padre Miguel: he aquí lo que hago,—contestó la rubia joven, que, palpitante el seno, permanecía encorvada para recoger su hierba.

—¡Oh, Zolfina! ¿Siente usted este buen olor? Estaba yo en lo alto del campanario; contemplaba las barcas que el viento griego empuja en el mar; y usted pasó por abajo; y cantaba... cantaba "Flor de hierbita".

Se detuvo porque sintió que de pronto se le anudaba la garganta. Y callaron los dos, y se pusieron a escuchar el largo zumbido de los nogales y el murmullo del mar lejano.

Muy pálido, Biasce terminó por inclinarse, él también, sobre la hierba; y, entre aquella voluptuosa frescura vegetal, sus manos ávidas buscaron las manos de Zolfina, que se había puesto roja como una brasa:

—¿Quiere usted que la ayude?—preguntó él bruscamente.

Dos hermosos lagartazos enamorados atravesaron el prado como flechas y desaparecieron entre las zarzas del cerco.

Biasce tomó la muñeca de la joven.

—¡Déjame!—murmuró la pobre con voz desfallecciente.—¡Déjame, Biasce!

Después se estrechó contra él, se dejó besar y le devolvió sus besos; y ella decía: "¡No! ¡No!" tendiéndole los labios, dos labios rojos y húmedos como cerezas silvestres.

Su amor crecía con el heno; y el heno subía, subía como una ola; y, en medio de aquella marea verde, Zolfina, erguida, con un velo rojo anudado a las sienes, tenía el aire de una espléndida amapola lujuriosa. ¡Qué alegría de retornelos bajo las filas bajas de los manzanos y de las moreras blancas, a lo largo de los arbustos cargados de nísperos y de madreselvas, en los campos amarillos de coles en flor, en tanto que allá, en San Antonio, la Cantarina hacía variaciones tan alegres que se habría dicho que era una urraca enamorada!

Pero una mañana en que Biasce esperaba en la fuente con un hermoso ramo de alelíes recogidos, Zolfina no acudió. Se había metido en cama, enferma de viruela negra.

¡Pobre Biasce! Cuando lo supo, sintió que su sangre se helaba, y vaciló más fuertemente aun que la noche en que la Loba le había abierto la frente. Y, sin embargo, tuvo que subir al campanario y quebrarse los brazos tirando de las cuerdas—él, que tenía la desesperación en el corazón,—en el bullicio del Domingo de Ramos, en una exultante alegría de sol, de ramas de olivo, de lindos trajes, de nubes de incienso, de cánticos y de plegarias, en tanto que su pobre Zolfina sufría sabe Dios qué torturas, ¡oh Virgen Bendita! sabe Dios qué torturas...

Hubo días terribles. A la caída de las tinieblas Biasce rondaba en torno de la casa de la enferma como un chacal alrededor del cementerio; se detenía por momentos bajo la ventana cerrada, iluminada desde el interior, y con ojos llenos de lágrimas a través de los vidrios miraba pasar las sombras, y aguzaba el oído, y con la mano comprimíase el pecho, que la sofocación partía; después continuaba girando como un loco, o corría a refugiarse en su zaquizamí. Pasaba las largas horas de la noche cerca de las campanas inmóviles, aplastado por una angustia inmensa, más pálido

que un cadáver. Abajo, en las calles inundadas de luna y de silencio, nada, ni un alma viviente; ante él, el mar triste y encrespado, que se rompía con rumor monótono en las orillas desiertas; sobre él, el azur cruel.

Y allá abajo, al amparo de aquel techo que apenas se entreveía, Zolfina agonizaba, tendida en su camastro, muda, con flujos de materias purulentas en su semblante negruzco, muda siempre, en tanto que la vela palidecía en la blancura crepuscular y el murmullo de las plegarias estallaba en una explosión de sollozos. Dos o tres veces la joven levantó penosamente su rubia cabeza, como si hubiese querido hablar; pero sus palabras quedáronsele en la garganta, porque le faltaba el aire, y la luz la abandonaba. Movió los labios con estertores ahogados, como un cordero a quien degüellan, y luego se heló.

BIASCE fué a ver a su pobre muerta. Embrutecido, vidriosos los ojos, miró el ataúd, todo embalsamado de flores frescas, bajo las cuales extendíase aquella podredumbre de carnes jóvenes, aquella corrupción de humores descompuestos ya bajo la nieve del lino. Miró un instante, mezclado con la multitud; después salió, regresó a su albergue, subió hasta la mitad la escalera de madera, tomó la cuerda de la Cantarina, hizo un nudo corredizo y, pasándolo alrededor de su cuello, dejóse caer al vacío.

Los sobresaltos del ahorcado hicieron que, a través del silencio del Viernes Santo, lanzase la Cantarina, en una explosión de luz, cinco o seis toques inesperados, argentinos, alegres; y un vuelo de golondrinas surgió del techo, en medio del sol.

EVOCACIÓN

LAS lamentaciones del órgano resonaban siempre monótonas. Y Juan, en aquella iglesia, vió las luces del catafalco como sobrecogidas por un terror lento y pesado. El monumento, negro, parecía desplomarse. Afuera, una ráfaga de viento y de lluvia, aulló. Oyóse bramar el espacio como un mar subterráneo. Y el órgano tuvo sollozos roncos.

En torno del joven, los rostros habíanse inmovilizado; el hastío los oprimía. Las mujeres inclinábanse, abrumadas. Sus sombreros arcaicos—unos altos y de través, otros chatos y que se adivinaban polvorosos. con ese polvo de viejos armarios de aldeas insignificantes—semejaban ridículos despojos marinos, adheridos a algas fantásticas. De las bóvedas caía una sombra de caverna. Respirábase allí un olor de "humus" húmedo.

Los sacerdotes, en el altar, tenían gestos de "mediums". Una bruma de incienso los aislaba. La cruz blanca, ornamentada sobre el fondo negro de sus casullas, la cruz blanca sin el Cristo, hacía pensar en un como estigma desconocido y terrible.

Alrededor de aquel catafalco, cada cosa, cada gesto se deformaban, como al través de un espejo de horror y de espanto. Juan mismo, experimentó la sensación brusca de ver la iglesia flotar a la deriva, como una nueva arca. Imaginóse las espesas y tenebrosas olas que se movían a la manera de los sudarios. Y creyó notar sobre las vidrieras sombras gesticulantes de reptiles, voltejeando en el espacio.

Todo en aquel día era lamentable; las almas, la vida, el cielo. Girones de telas colgaban de los muros, y esos girones tenían estremecimientos de carne

palpitante. Los santos, en el fondo de sus nichos, guardaban actitudes hostiles, cual si estuvieran prontos a saltar armados de garras voraces e insaciables. Los cuadros místicos ocultaban caminos infinitos de eterna sombra, y destacábanse hasta catacumbas laberínticas...

La vida! La nada!... Un péndulo oscilaba en su pecho... La nada! La vida! Esas dos palabras sonaban acordes con los latidos de su corazón... En aquel mismo instante tuvo una visión serena; debajo de una higuera, un patriarca dormitaba. Era al pie de una colina cubierta de jardines, muy cerca de una cabaña, de una viña y de un campo de trigo. Un poco más lejos, había olivares que descendían en suave pendiente hacia un lago más apacible que una lágrima vertida. El patriarca tenía el pecho desnudo, y sus espaldas y hombros emergían morenos y lisos... Su barba parecía esculpida.

Sobre las rodillas se abría su mano derecha, en la cual reposaba un pájaro, emblema de la felicidad inalterable. Años y años grabábanse en la frente del patriarca, y muchos años aun se grabarían. Días cada vez más armoniosos! Eso, en verdad, era la vida, sin la menor sombra de pasiones! Y Juan se decía: "Aquellos tiempos en que la existencia tenía una belleza que ya no se conoce; aquellos tiempos de plácido encanto, en que los seres vivían más que muchas de nuestras generaciones; aquellos tiempos ¿qué espíritus los animaban?"

Y antojósele que habían sido espíritus soñolientos, como el rostro del patriarca; espíritus que no habían nunca atravesado por el "rumor mundanal" de que habla Dante Alighieri.

¡La vida!... ¡La nada!... La penosa oscilación recomenzaba dentro de su pecho. Y tal obsesión parecíale miserable y absurda. "Somos sombras efímeras: ¡que no imitemos a la libélula!"

Y Juan pensó en la dulce libélula humana que había sido aquella que reposaba ahora bajo las colgaduras negras: en Marieta. La volvió a ver hermosa, con la hermosura del reflejo fugitivo; grácil y tierna como una hoja de arbusto.

Su rostro tenía la blancura de la nieve. Ah! aquel

rostro! pobre llama extinta! Una sonrisa, de una irreal dulzura; una sonrisa evocadora de alguna melodía querida, escuchada en una serenidad lejana; una sonrisa que, por momentos semejaba ser el reflejo de los dientes—perlas caídas de los astros;—una sonrisa tan sutil como un sueño de rosas, daba a los labios de Marieta un esplendor inmaterial. Y su risa era más ligera que una caricia de niño.

La casa de ella y la de él se tocaban: un mismo árbol les prestaba su sombra; la misma paz los unía. Los años juveniles surgieron evocados. Marieta, en las calles, en los jardines, a lo largo de las rutas, correteaba. Era tan delicada! Y sus cabellos, largos y finos, tenían una claridad de pradera... Correteaba de flor en flor, lanzando gritos al modo de los pájaros. Cualquier corola le cautivaba. Y él la seguía, trabajosamente.

A menudo aventurábanse lejos de las casas, en busca de parajes umbríos, llenos de hierba. Y cerca de la niña, sentía nacer en él una adoración vaga y obscura.

La obedecía al menor gesto... Y recordaba un arroyo que ondulaba al través de un campo aterciopelado por el césped, jubiloso de flores, murmurante de insectos alados. Y el gorjear del agua era interminable y dulce.

Ambos se inclinaron hacia el arroyo cual ante una maravilla. La linfa serpeante escintilaba, y les daba frescura en los labios... Ella entonces mojó sus cabellos, y los dejó luego flotar al viento cantante; y a él le pareció que aquella cabellera ondulaba también hasta lo infinito.

Algunas veces sentábase sobre el umbral de alguna antigua capilla, solitaria en lo alto de un collado, en la desolación de un yermo. Y Marieta gustaba contemplar las lagartijas inmóviles en las paredes mohosas, de cuyas grietas diríase que sangraba un dolor secular...

Un día, durante uno de esos vagabundeos campestres, Marieta se sentó contra el muro de un huerto; estaba cansada. Sus ojos velábanse de melancolía; y Juan la encontraba así más linda, pero más lejana, muy lejana, con el alma perdida en el azul, allá, muy alto.

Y permaneció próximo, tendido sobre la hierba, con los ojos fijos en ella... Una mariposa pasó; Juan se levantó para cazarla. Las volubles y frágiles alas palpitaron sobre las manos de Marieta; luego sobre el rostro y los cabellos.

Con la mano, Juan rozó la mejilla de la niña... y súbito, bajo un impulso irresistible, puso en el mismo sitio sus labios ardientes. Ella se alzó, muda y temblorosa.

La melancolía de sus ojos desvanecióse... Después, enlazados de las manos, regresaron al hogar, siempre en silencio, pero con el alma toda vibrante al ritmo de una misteriosa canción.

Días más tarde, Juan fué enviado al colegio de la ciudad. Estudios serios lo retuvieron meses, años, lejos de la niña. Una mañana recibió una carta: Marieta había enfermado, de una enfermedad desconocida y grave.

Regresó apresuradamente a su casa, a casa de ella, y al franquear el dintel, la miró, vacilante y mortalmente diáfana. Era el crepúsculo, y las blancuras que envolvían a la niña tenían los estremecimientos de la luna sobre los mausoleos.

—¡Abrázame!—le dijo.

Y una semana después, la esquila lanzaba sus dobles en el ambiente de una tarde tormentosa de estío. Y Juan sentía que el hielo circulaba en sus venas; una angustia horrible lo agobiaba.

Así, en la iglesia, ante el catafalco donde reposaba el féretro de la muerta, su angustia creció hasta hacerse ilimitada. Luego, poco a poco, la reacción vital la fué aminorando.

El órgano enmudeció; la tormenta se extinguió. En las vidrieras brillaron reflejos amarillos. No obstante, los gemidos litúrgicos se eternizaban, en tanto que las llamas de los cirios, de una limpidez de estrellas, rutilaban como en un gozo de luz.

Y, repentinamente, Juan tuvo un sobresalto, y vaciló sobre sus piernas: algo como el alma llorosa de un beso le rozó las mejillas... Una ala de misterio... Una cosa profunda y ligera, deliciosa y fugaz, suave y terrible... "Los labios de Marieta", se dijo. Y no siguió el cortejo: permaneció en aquella iglesia largo tiempo, tan largo tiempo, que la aurora lo sorprendió, sumido en su éxtasis extraterrestre.

LA VICTORIA DE PABLO TARSIS

ASÍ como el águila en el valle de arena no rompe el vuelo, sino que parte con rápido paso, corre acompañando su carrera de un creciente temblor de plumas, se separa de su propia sombra, inclinándose levemente, al fin extiende en toda su amplitud sus vastas alas remontándose al filo del viento; primero las garras imprimen huellas profundas, después poco a poco más leves, hasta que al fin parecen rasgar apenas el suelo y el último rastro es invisible: así la máquina sobre sus tres ruedas ligeras, corriendo entre el humo azulino, como si la hierba seca de la pradera ardiese debajo, dejaba la tierra.

Rápidamente se alzó. A la maniobra del timón de altura cabeceó huyendo de los pequeños remolinos que surgían por el calor del suelo, girando en pequeñas volutas. Afrontó el viento; y tenía la oscilación de la gaviota cuando sube y semejante a la del acróbata sobre la cuerda tendida; se inclinó virando hacia la primera meta, se enderezó, y recta y veloz como una saeta atravezó la línea verde de los álamos de Ghedi; penetró en el reverbero cándido de las nubes, fué bella como la figura del dios solar de Edfu, como el emblema suspendido de la puerta de los templos egipcios, todo ala.

Julio Cambiaso no había sentido nunca tan plenamente la concordància entre su máquina y su organismo, entre su voluntad adiestrada y aquella fuerza maquinal, entre su impulso instintivo y aquel impulso mecánico. Desde la pala de la hélice hasta el filo del timón, toda la contextura volante le parecía una prolongación y una ampliación de su misma vida. Cuando se encorvaba sobre la palanca para maniobrar con-

tra un golpe de viento, cuando inclinaba el cuerpo hacia la parte interna del círculo en la nave aérea, para mover la máquina con la presión del anca y plegar el glacis extremo, cuando en el andar mantenía el equilibrio con un balanceo infalible en torno del centro de estabilidad y hallaba vuelta a vuelta el modo de transportar el eje del vuelo, creía sentirse unido a sus dos blancos trapecios conexos como los músculos pectorales de los buitres que había visto caer a plomo de las rocas del Mokatham o girar sobre el pantano de Sakha.

"Hermano, hermano, estamos solitarios, estamos libres, estamos lejos de la tierra tormentosa!" pensaba Pablo Tarsis, quien, habiendo dado la primera vuelta se lanzaba rápido en el viento, sobre su compañero para alcanzarle. "Ya no quiero estar triste, ya no quiero devorarme el corazón, ya no quiero ocultarte mi suplicio. Tengo ansias de llamarte, de arrojarte mi grito, de oir nuevamente tu voz en el vuelo. Si tú vences, yo venzo; si yo venzo, tú vences. ¡Qué viril está hoy el cielo!"

Dejaba tras de sí la turbulencia de su pasión, la risa agitante de Isabel y la mirada febril y hostil del adolescente, la vanidad de las amigas, la estupidez de los acompañantes: toda aquella muchedumbre que le asaltara y oprimiera. Encontraba otra vez su silencio, su desierto, su tarea.

—¡Ardea!

Mil y mil voces aclamaban al unísono el bello nombre lacial. De las tribunas, de las empalizadas, de los carros parados, en la calle de Calvisano, sobre la calle Montichiario, sobre los cuadrivios de las calles blancas, de los racimos humanos, adheridos a los árboles distantes, de los montones negreando sobre las granjas, de la inmensa multitud de frentes alzadas hacia las vías divinas, de la innumerable maravilla brotaba el clamor como un trueno ò como un oleaje intermitente.

—¡Ardea!

Pablo Tarsis alcanzaba al compañero, le pasaba tan de cerca, que hubiera oído su voz; era arrebatado en el vórtice de la hélice gemela; oscilaba, rolaba, irrumpía fuera de su ruta, se deslizaba con la velocidad del murciélago, caía repentinamente como el azor, resur-

gía casi verticalmente como el ánade, mostraba al reflejo del sol la envergadura de sus telas, viraba en torno del asta de la meta, tan cercano a ella que rozaba con el ala tendida la punta de la banderola ondeante.

El había lanzado hacia el compañero un grito de reconocimiento y de alarma, acostumbrado por entrambos en sus correrías.

¿Le habría oído? La respuesta ¿se habría perdido en el retumbo?

—¡Ardea!

La multitud repetía el clamor embriagándose en aquel juego gracioso y terrible, en aquel certamen de elegancia y audacia, en aquel desafío alegre entre dos voladores de igual especie. En un ámbito ceruleo y lunar, sobre tenues cúmulos de ámbar, aparecieron entrambos persiguiéndose como dos cigueñas que abandonasen por primera vez el cubil sobre sus largas alas rectilíneas; después se desvanecieron, blancos, en la vasta llanura. Y, suscitados por el ejemplo, otros también se lanzaron, otros muchos se elevaron y se siguieron. Todos los sotechados se llenaron de retumbos y de hálitos, henchidos de tempestad como las caras de Eolo. Arrastrados a hombro sobre el campo, sostenidos por los brazos musculosos, arrancados al fin por el círculo violento de la hélice, los velívolos partían uno en pos del otro a conquistar el cielo magnífico; algunos amarillentos, otros bermejizos como las grullas; se asomaban como los silvanos, juguéteaban como las aves rapaces, huían como las cornejas. En su estrépito imitaban desde lejos el aplauso como las palomas, el retintín como los cisnes, la ráfaga como las águilas. Todas las fuerzas del sueño henchían el corazón de los terrenos contemplando la Asunción del Hombre.

El alma inmensa había vadeado el siglo, acelerado el tiempo, profundizado la vista en el futuro, inaugurado la nueva edad. El cielo había llegado a ser su tercer reino, no conquistado con el trabajo de las piedras titánicas, sino con el rayo hecho esclavo.

Y el cielo vivía como la multitud, estaba como ella ebrio de maravilla y de alegría, de soberbia y de terrores, de violencia y de infinito. Era uno de aquellos cielos sublimes de Italia, que renuevan en una hora las transfiguraciones seculares de los artífices, operadas en el flanco de los palacios y en la cúpula de los templos, crean y destruyen todas las imágenes de

la grandeza, concilian la argentina voluptuosidad del Veronés y la terribilidad piadosa del Buonarrote. Las nubes eran una arquitectura y una estirpe, una materia moldeada por el estatuario y por el alfarero, una jerarquía de ángeles, una germinación de monstruos, un paraíso de flores. Surgían de entre los montes, se adaptaban a las colinas, se laceraban contra las cimas de los álamos.

Semejantes a trombas de agua blanqueantes, vibrando de luz encima, como las sensitivas transparencias de los seres marinos penetrados de la inquietud de un fuego piral. Semejantes a la diáfana arcilla de un alfarero que la moldease con dedos invisibles, adoptaban la forma de una urna; y un asa brotaba del flanco, dócil se encurvaba uniéndose al borde, encerraba el azul en el vano así formado, y todo el azul esparcido en torno no era tanto como aquel poco. Otros imitaban otras figuras, otras criaturas, otras fábulas, otras artes. El mundo de mitos y sueños reconquistaba la cavidad del cielo, evocado por el nuevo sueño y el nuevo mito.

Entonces vióse uno de aquellos grandes pájaros inclinarse hacia la tierra, enderezarse un tanto, luego abismarse virando abajo, chocar contra el suelo, quedar clavado sobre el ala rota y alzada el ala intacta sin el batir de la agonía, exánime resto de vergas y cordajes, manchado de aceite negro. El hombre saltó entre los rodajes, se sacudió, miró su mano sangrante, y sonrió.

Entonces vióse otro velívolo, como aquellas aves nocturnas que deslumbradas por el sol tropiezan contra el obstáculo y se desmayan, precipitarse contra la empalizada, derribarla en largo trecho bajo un clamoreo tempestuoso, tumbarse con todas sus telas laceradas, todos los nervios cortados, todo el armazón deshecho, silencioso después del desastre en un círculo de horror, mudo escombro sobre su corazón de metal aún caliente y humeante. La multitud espantada y ávida husmeó el cadáver; del hombre no aparecían sino las piernas agarrotadas entre hilos de acero retorcidos. Pero le desentrañaron de aquel intrincamiento y le pusieron en pie. Palidísimo, vaciló, se replegó sobre sí, ahogó entre los dientes el rugido del espasmo, bajo

los dedos que le palpaban. Tenía el fémur hecho pedazos. Dos soldados le transportaron sobre una de las tablas caídas de la empalizada, con sus ojos distraídos hacia las nubes.

La sombra de un vuelo victorioso pasó sobre su alma desesperada...

Entonces vióse de súbito prenderse en otras alas un fuego sin color, que no aparecía en la claridad del día sino por el rápido ennegrecerse y aventarse de las telas por sobre la estructura de haya y fresno ya crepitantes como sarmientos. Ardía en la celeridad del incendio, escupiendo llamas por las válvulas semiabiertas. Como una gran bomba, inflamada, henchida de materias empapadas de aceite incendiario, despedida de la cuerda de la ballesta, la máquina pegó con ímpetu tal en la tierra, que penetró en ella. En el choque estalló el depósito inundando el armazón destrozado y al hombre vivo. En la cola, semejante a las plumas de una flecha, los maderos erectos del timón sacudidos por la máquina vibraban.

Y entonces se vió al hombre vivo avasallado por el fuego incoloro, retorcerse rodando sobre la hierba seca con una furia tan salvaje que su cráneo quebraba las costras del suelo.

La multitud aulló, conmovida en sus vísceras, no por piedad hacia el moribundo, sino por el frenesí del juego mortal. Otro hombre que volaba en las nubes, por un movimiento temerario del timón de altura, se vino abajo a plomo como el gavilán sobre la presa; a pocas brazas de la tierra se contuvo siguiendo el destrozo del aparato inflamado que todavía giraba sobre sí mismo, invenciblemente; un tanto se avanzó para reconocerlo; lo vió apagado pararse, rápido se remontó, resurgió por los aires, se azuleó en la sombra, se doró en el sol, prosiguió su ruta. Le alcanzó el alarido de la multitud delirante.

—¡Tarsis! ¡Tarsis!

El hombre sofocador de las llamas se había puesto a caminar, negruzco, fumoso, lleno de aceite, con los cabellos chamuscados, con el traje carbonizado, con las manos cocidas, atrozmente vivo. A doscientos metros de donde iba, no quedaba de su aparato destruído sino el motor reventado entre los tubos retorcidos y abiertos. El se miró las manos que habían ahogado el fuego rebelde.

Un delirio cruel veteó de sangre los miles y miles de ojos levantados hacia la convexa bóveda celeste. El cruento júbilo circense refluyó en los precordios ansiosos. Un repentino aumento de vida fermentó bajo la inminencia de la muerte. Las alas del hombre parecieron no ya hender el cielo insensibles, sino el alma oceánica de la especie, henchida como una marea hasta la línea del más alto vuelo.

Los elementos domados, las fuerzas naturales sometidas, las divinidades vencidas, estaban siempre prontas a irrumpir para lacerar, para aniquilar al frágil tirano, como aquellas fieras en prisión que saltan sobre el domador apenas él agite los párpados o distraiga la fijeza de la mirada. La lucha era incesante, el peligro era omnipresente. Como la Ortigia sanguinaria de la antigua Tauride, el Ignoto no estaba echado, sino rígido de pie sobre el ara exigiendo los sacrificios humanos. Las víctimas osaban mirarle con pupilas inflexibles, hasta el límite del Obscuro. ¿Qué eran ahora en parangón de aquello los juegos del anfiteatro? El hombre no andaba más hacia las fieras en la arena augusta, sino hacia las máquinas homicidas sobre las vías de la tierra, del mar y del cielo; y una sombra trágica y una luz trágica vuelta a vuelta obscurecían e iluminaban el espacio.

—¡Tarsis! ¡Tarsis!

El Ardea prosiguió su ruta, doblaba la meta en el décimoquinto giro. El Latino estaba a punto de reconquistar el primer puesto sobre el Bárbaro.

En la huella efímera e indistinta las raíces eternas de la estirpe se estremecieron.

Todos los corazones echaron alas para sostener el vuelo heroico. Todas las gargantas abiertas arrojaron al valiente su nombre como un hálito sonante que provocase la rapidez. Le ordenaron vencer.

—¡Tarsis!

El sostenía el vuelo con su paciencia, incitaba a la rapidez con su fiebre. De cuando en cuando, contra las nubes o contra el azur, el busto, emergiendo, aparecía protegido como por el instinto de aguzarse, de huir al contraste del aire y adaptarse a la forma del huso y del dardo. Y los ojos más perspicaces o mejor armados descubrían su cabeza descubierta, a la que el viento había arrebatado la malla; descubrían su rostro afilado, del que parecía exhalarse el ardor del

esfuerzo como de entre las aletas de los cilindros el calor de la combustión, aquel rostro compuesto así como de fluída violencia, así como si el viento le agitase no solamente los cabellos sobre la frente, sino desde el mentón a las sienes todas las fibras de los músculos visuales.

—¡Tarsis!

Ahora estaba solo. El cielo se hacía un desierto. Acá o allá sobre el campo los velívolos se aterraban: se posaban como migradores fatigados, caían de flanco o de cara como halcones heridos. Una luz áurea, el esplendor distante de los trigos maduros, se derramaba sobre la pradera salvaje. Los abetos de la empalizada brillaban igual que oro pulidísimo. Los muros de las granjas, las fachadas de las iglesias y de las villas, las bóvedas de los campanarios y de las torres en lontananza ardían. Las sombras de las metas, de las vigas, de las antenas, se alargaban.

Estaba solo; ya no veía nada, sino el astro como vórtice de la hélice; ya no oía nada, sino la palpitación isócrona del motor, la sétupla consonancia.—¿Dónde estaba su compañero? ¿Qué le había acontecido? ¿Qué causa le había obligado a descender? Percibió una pausa en un cilindro, y una pausa en otro, luego varias pausas intermitentes; y el corazón se le oprimió, y le pareció ponerse exangüe como si sus arterias se vaciaran en los tubos metálicos.

¿La suerte le traicionaba de improviso? Viró de punta, contra una ráfaga; maniobró de gran fuerza, refilando contra ella estrechamente todo cuanto pudo; dobló la penúltima meta virando a un palmo del pendón; hizo de toda su voluntad un dardo inflexible, hizo uno de esos dardos que los heridores llamaban "solihierro", todo hierro: asta, punta y cola. Cuando el ánimo que había traspasado los sentidos se recogió de nuevo al corazón, pudo percibir con oído tranquilo la labor de los cilindros otra vez unísono, la palpitación enérgica y exacta. Por instinto, como si su compañero estuviese ahí, moduló la voz gutural que era signo del contento en su jerga bizarra de tienda y de aventura, aprendido de las fieras domesticadas y de los lenguajes bárbaros. Se rió consigo mismo, pensando cómo en tal circunstancia debía agitarse la enorme manzana de Adán de arriba abajo en la garganta seca de John Howland. Tornóle a la memoria la risa

extraña del ornitólogo amigo de los gavilanes, semejante al rumor de tableta que hacen con el pico las cigüeñas: "Alis non Tarsis". Vagó con pensamientos involuntarios e informes, cual si en un instante su atención hubiera sido dispersada, cual si el acontecimiento hubiera perdido todo valor. Luego sintió su pecho atravesado por la imagen de Isabel: tornó a ver su cara de fascinación y de peligro bajo las anchas gasas adornadas con el blanco airón de largas plumas trémulas, tornó a ver el movimiento de las rodillas bajo la saya cenicienta que por arte de dos pliegues inexplicables imitaba dos alas juntas. Y se llenó de embriaguez y de venganza. ¡Todavía un día de espera!

De pronto el intervalo se cerró; el núcleo de la fuerza se recompuso. Sintió de nuevo que sus vértebras se adaptaban al todo el aparato mecánico y que el esqueleto de las alas semejante al húmero tubular del pájaro se penetraba del mismo aire que sus pulmones. Otra vez germinó en sus sentimientos la ilusión de ser no un hombre en una máquina sino un solo cuerpo y un solo equilibrio.

Una increíble novedad acompañó cada uno de sus movimientos. Voló por sobre su alegría. Toda una estirpe nueva y jubilosa palpitó en él.

—¡Ardea! ¡Tarsis!

Corrió izado sobre el palo de señales el disco que marcaba su victoria. Sintió subir la marea. Miró: entrevió la masa gris de la muchedumbre, pálida de caras, erizada de manos. Bien que volara abajo para doblar la meta le pareció alzarse vertiginosamente para superar una cumbre inmóvil. Se inclinó, viró, pasó, en un trueno de triunfo, en un reguero de fulgores, blanco y ligero, deslumbrante de varillas y de acero, vibrante de palpitaciones, mensajero de una más vasta vida.

INDICE

PÁGS.

TOTO 3

"LA GATA" 8

LAS CAMPANAS 13

EVOCACIÓN 19

LA VICTORIA DE PABLO TARSIS 23

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

1.	ALMAFUERTE	Evangélicas
2.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
3.	JUAN B. JUSTO	Labor Periodística
4.	JUAN PEDRO CALOU	Breviario de los Tristes
5.	LAO - TSÉ	El Libro del Sendero y de la Línea Recta
6.	RUBÉN DARÍO	Cabezas
7.	OSCAR WILDE	Balada de la Cárcel de Reading
8.	LEOPOLDO LUGONES	Cuentos
9.	EDGAR POE	Las Campanas y otros poemas
10.	JOSÉ INGENIEROS	Psicología de la Curiosidad
11.	CLEMENTE ONELLI	Aguafuertes del Zoológico
12.	ANDRÉS TERZAGA	Líneas

AÑO SEGUNDO

13.	RAFAEL ALBERTO ARRIETA	Canciones y Poemas
14.	ALMAFUERTE	Amorosas
15.	E. HERRERO DUCLOUX	Del Diario de mi amigo
16.	JOSÉ ENRIQUE RODÓ	Parábolas
17.	M. MEDINA BETANCORT	Meditaciones
18.	RABINDRANATH TAGORE	Poemas
19.	MARIANA ALCOFORADO	Cartas Amatorias
20.	GIOVANNI PAPINI	La oración del buzo
21.	JOSÉ INGENIEROS	La intimidad sentimental
22.	FRAY MOCHO (José S. Alvarez)	Cuentos
23-24.	RAFAEL OBLIGADO	Santos Vega

AÑO TERCERO

25.	JUAN MONTALVO	Prosas
26.	GIOSUÉ CARDUCCI	Odas Bárbaras
27.	AGUSTÍN ALVAREZ	Ensayos y Anécdotas
28.	ANTON CHEKHOFF	Ojos con Sueño
29.	GOYCOECHEA MENÉNDEZ	Páginas Selectas
30.	ANATOLE FRANCE	Crainquebille
31.	FERNÁNDEZ MORENO	Antología (1915-1918)
32.	EDUARDO WILDE	Mar Afuera
33.	GABRIELE D'ANNUNZIO	Tierra Virgen

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 114886382

Cuaderno de próxima publicación:

EL JARDIN DE LAS CARICIAS,
por FRANZ TOUSSAINT.
Traducción castellana de ROBERTO GUIBOURG.

SUBSCRIPCIONES:
SEMESTRE $ 1.50 m/n. — AÑO $ 3.00 m/n
Número suelto 0.25 centavos
„ atrasado 0.40 „
OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — BS. AIRES.